

EL CANTO DE LA LOCA

Por MANUEL LOPEZ PEREZ



Navego en barcos de humo por mares siderales,
mi fantasía hunde el remo en las inmensidades
cuidando de esquivar los archipiélagos
de las constelaciones que son espirituales
rosas de invisibles
rosales
de los negros jardines de la Nada.
¡Vivos y muertos, los astros me dedican madrigales!

He desafiado a un sol y apuñalé a un lucero:
La aurea sangre del sol estaba helada
y el lucero era esclavo del sol; nada podían
ofrecerme diverso a la fijeza
fatal de su sistema sino un poema de órbitas,
y odio la geometría de lo perenne,
la eternidad mortal de lo divino.

En cambio amé a un cometa fugaz por lo valiente;
por la crueldad, su beso transitorio,
porque pasar es ser; ser: estar siendo.

Sobre evolvente nave de volutas,
—música en espiral, carril y bólido a la par,—
castigué con sordera a los poetas
traidores a la euritmia de los cambios;
y conjuré a los ritmos de la vida
para trocar en fuente cantarina—estética condena—
aquejlos labios pecadores
que me llamaron Florentina
en vez de darme el nombre de Florencia,
saciando así mi odio porque me atribuyeron
semejanzas con la flor que es simétrica belleza,
pero efímera plenitud de ciclo exhausto;
Con la fuente fluyente he pretendido
luminosa lección a la profana lira
que invocarme debió como Florencia
— posible realidad, por ser la rosa
que nunca ha florecido ni habrá de florecer,
huyendo siempre de la forma mortal, por conservarse
como promesa y sueño de lo bello.

En el planeta opaco que felizmente abandoné en mi nave
de rocío fugitivo en perfumados vapores matinales,
viven sabios,
hermanos en la esperie de lo que fué mi cuerpo,
y me mataron sobre altares de amor brutal y enfermo
de egoísmo que sufre paroxismos en la entrega carnal;
al retratarse su orgánica miseria en los contornos
formales de mi apariencia humana, separaron
con filos de dolor mi vestidura corporal
del verbo allí alojado. Temerosos de atentar contra Dios,
a "sabios en saber" encomendaron volverme a la grosera
unidad anterior a su delito, y en nombre de la ciencia
tartamuda enclaustraron mi cuerpo y lo azotaron,
sujetándolo a todas las torturas del hambre y de la sed,
y osaron informar la ficha de mi espíritu

con vocablos obscenos, contrarios a la casta
lengua de la humildad y sentimiento de la fe.

Mas calcinó el afán las toscas gravideces
de mi materia; cuerpo y alma incendiados, produjeron el humo
que convertí en las naves evolventes
y azules de este poema en espiral;
y ahora soy libre y vago por regiones arcanas
de siderales mares, sin amor ni verdad
que encarcelen mis ansias;

¡Soy afán, sólo afán!
¡Pobres hermanos hombres, os perdonó de veras
el dolor de mi vida
en el nombre de vuestro bien,
en el nombre de vuestro mal...!!...

Febrero de 1955.

97

pag 52